

El Ilmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva, Dignísimo Arzobispo de Michoacán, se ha dignado conceder ochenta días de indulgencia á todos los fieles cristianos de su provincia por la práctica de las oraciones y meditaciones correspondientes á cada uno de los días de este mes, consagrado á la devoción del Santísimo Rosario.

ORACION PREPARATORIA.

Señor mío Jesucristo, mi padre y sumo bien á quien amo con todo mi corazón y de lo íntimo de mi alma te pido humildemente que ostentes en mi favor tus misericordias, perdonando mis pecados y dándome tu gracia para meditar con fruto los sagrados misterios que se nos proponen en el Rosario, y de esta meditación se inflame mi corazón en tu divino amor, procurando imitar las virtudes que resplandecen en ellos; logrando la enmienda de mi vida y la sujeción de todas mis inclinaciones á tus adorables mandamientos, como lo espero de tu clemencia paternal.

Convierte tu alma al Señor.

Vuelve alma mía hácia tu centro y no pierdas estos momentos que tu Dios te concede para obrar tu salvación. El pasado ya no existe; el futuro es incierto, y el presente no dura más que un momento, y este presente se te concede para que medites en las finezas del amor de tu Dios, te inclines á El y ganes la eternidad. Tres pensamientos deben ocuparte ¡oh alma mía! Dios te ve: Dios te oye: Dios está cerca de tí. Dios te ve. ¡Ah, Señor! ¿qué véis? Un ser muy débil, miserable y enteramente indigno de ponerse ante tus ojos. ¡Ay! que tus miradas, al ménos, no se muestren ofendidas de mi ligereza y flojedad.

Dios te oye. ¿Qué oyes Dios mío? el lenguaje de una pobre criatura aquejada por mil y mil pesares que no sabe co-

mo decirlos.

Dios está cerca de tí. Si te hallases en presencia de un rey de la tierra ¿cuál sería tu respeto y prudencia? Estás delante de Dios, presente en las aras: el Rey por quien los reyes ocupan sus tronos, el Rey de los reyes. ¿Tendrás bastante osadía para mostrarte ligero y distraído?

Espíritu Santo, á tí toca el derramar las luces para aclarar la inteligencia, encender el amor en el corazón, y el espíritu de piedad en el alma entera. Dame, Señor la abundancia de tus dones, á fin de que sea ménos indigno de acercarme á un Dios que me llama hácia sí. Permíteme, ¡oh Señor! que mi atención se fije en los puntos que voy á meditar.

Léase el punto de la meditación del día. Después de la lectura, la siguiente

ORAGION.

Os adoro, Dios mío, con todo el afecto de mi alma y os pido gracia para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas al servicio y alabanza de vuestra divina Majestad.

Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo

y ceniza.

ORACION

PARA DESPUES DE LA MEDITACION.

Gracias te doy, Señor, porque te dignaste recibir en tu presencia á la más pobre y más débil de tus criaturas. Me prosterno á tus pies para pedirte perdón de mis distracciones y de mi indolencia. Confío ¡Dios mío! á tu bondad las buenas resoluciones que me has inspirado: solo tú puedes hacerlas eficaces con tu concurso poderosísimo: no me las niegues.

¡Oh María! la más tierna de las madres. Ven también en mi ayuda y no me abandones; alcánzame la gracia de permanecer fiel á tus promesas y de poder cumplir exactamente las resoluciones que he tomado, á las plantas de mi Dios.

¡Oh Angel bondadoso de mi guardal suplícote que me recuerdes mis resoluciones y ayúdame á seguirlas fielmente. Amén.



1º DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA DEVOCION DEL SANTISIMO ROSARIO.

PUNTO 19

Considera que la devoción del Rosario es muy agradable á María Santísima, y muy provechosa á los pueblos. Así lo declaró la misma Señora á Santo Domingo, al tiempo de instituirla: «Est mihi gratissima et populis valde salutaris.» Le es muy agradable por las oraciones de que se compone. Un día pedían ansiosos los apóstoles á la Majestad de Nuestro Señor Jesucristo, que los enseñara á orar, según nos dice el evangelista San Lucas. Y cuando el Señor les enseñó aquella breve y misteriosa oración del Padre Nuestro, se creyeron felices, porque tuvieron por cierto que Dios, de allí en adelante, atendería sus ruegos. Tenían segura confianza de que serían agradables aquellas palabras que habían aprendido de la boca de su Hijo unigénito. Es verdad que no se puede señalar á Jesucristo por autor de todas las partes que componen la oración del Santísimo Rosario, pero como empieza por la del Padre Nuestro, y continúa por la del Ave María, es en todo admirable por su origen. Porque la oración del Ave María la componen las palabras que pronunció el Arcángel San Gabriel, las de Santa Isabel y algunas que le añadió la Santa Iglesia. Y no es ménos admirable por el orden y distribución de sus partes, como inspirada, en fin, por Dios á Santo Domingo, y aprobada por muchos pontífices.

Cuan agradable sea á la Santísima Virgen, basta hacer una poca de reflección en la dicha que le acordamos, saludándola con el Angel. Fué sin duda el día más feliz para María, Señora Nuestra, aquel en que San Gabriel bajó del cielo á decirla que ya se había cumplido el tiempo deseado de los justos, esperado de los profetas, y prometido á los patriarcas. Ya había llegado el tiempo de que las nubes llovieran al justo, la tierra brotara al Salvador, y la vara de Jesé produjera la flor del campo. Ya ha-

bía llegado el tiempo, en que había de venir al mundo el Hijo de Dios á hacerse hombre, para redimirle. ¡Qué nuevas tan alegres! Y aun más le dijo: Que ella era la nube fecunda, la tierra virgen, la vara de Jesé, la Madre del Dios Redentor del mundo. ¡Qué felicidad! Ni puede concederse á pura criatura, ni puede concebirse mayor dicha. Pues esta es la que acordamos á María Santísima, cuando tantas veces en su Rosario la saludamos con el Angel.

PUNTO 2º

La oración del Santísimo Rosario es muy provechosa, no ya para conseguir las riquezas, las dignidades á que anhelara nuestra ambición y vanidad, no para conseguir los placeres que apetecen los sentidos, sino para operar nuestra eterna salvación, para reformar las costumbres, extirpar los vicios y promover las virtudes. Y estos efectos produjo en el mundo, cuando la instituyó el gran patriarca Santo Domingo. Clara señal de que su oración tenía las calidades que

la hacen agradable á María Santísima, y provechosa á los hombres. Para que sea también para nosotros debemos hacernos cargo de la alta dignidad de María Santísima con quien hablamos: que es Reina del cielo y de la tierra: que es Madre de Dios: que su poder y misericordia son inmensos, y así debemos acercarnos á su trono, con mayor respeto y confianza que al del principe más poderoso y liberal del mundo. Es preciso también que la atención acompañe nuestras palabras: que nuestro pensamiento no esté voluntariamente distraído en asuntos culpables, ó á lo ménos impertinentes, porque entonces nos dirá María Santísima lo que la Majestad de Cristo á los judíos: «Esta gente me honra con los labios; pero su corazón está muy lejos de mí.» También es menester que vaya acompañada de la devoción, que no consiste en palabras, en genuflecciones ni exterioridades, sino en una voluntad pronta de entregarnos á todo lo que es del servicio y del gusto de Dios, como lo enseña el angélico Santo Tomás. Consideremos si, cuando rezamos el Rosario,

hay en nuestra voluntad una entera disposición y prontitud para hacer lo que sea de su agrado. Sin ella bien podíamos ser muy puntuales en rezarlo todos los días, que no por eso seremos devotos de María Santísima. Poco importa que digamos: ¡Ave María! ¡Ave María! si no hacemos la voluntad del Padre celestial, no entraremos en el reino de los cielos. Pidamos al Señor este espíritu de verdadera devoción, manifestándole á María, no con nuestras palabras, sino principalmente con nuestras obras, que somos sus verdaderos devotos.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEGA Biblioleca Valverde y Tellez